

VII Jornadas Santiago Wallace de Investigación en Antropología Social. Sección de Antropología Social. Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, 2013.

“De auto-agresiones e intentos de suicidios. Prácticas y representaciones juveniles en contextos de desigualdad”.

RUTYNA Nancy Edith.

Cita:

RUTYNA Nancy Edith (2013). *“De auto-agresiones e intentos de suicidios. Prácticas y representaciones juveniles en contextos de desigualdad”*. VII Jornadas Santiago Wallace de Investigación en Antropología Social. Sección de Antropología Social. Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-063/440>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evkA/eaw>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**"De suicidios y otras agresiones.
Abordaje etnográfico con jóvenes
en contextos socio-educativos
de desigualdad" ¹**



Lic. Nancy Rutyna

Antropóloga

Maestranda de Antropología Social

FFYL – UBA

VII JORNADAS DE ANTROPOLOGIA SOCIAL 2013

rut.yna@hotmail.com

"La educación es el arma más poderosa
que se puede usar para cambiar el mundo"

Nelson Mandela

Introducción

Mi percepción – como antropóloga social – de algunas prácticas juveniles recurrentes en ámbitos barriales y escolares a los que he accedido hasta ahora como parte de mi actividad laboral, me llevó a proponerme describir y analizar para la elaboración de mi Tesis de Maestría los contextos de vida y las trayectorias socioeducativas de jóvenes que se auto-agreden o que han intentado suicidarse, para visibilizar los posibles entramados en los que estas prácticas juveniles se inscriben y las representaciones que estos jóvenes producen de sí mismos.

En estos ámbitos, los mismos funcionarios escolares que conocen de estos intentos de suicidio (o su concreción) así como de las prácticas de auto-agresión, consideran que para prevenir futuros incidentes es preferible negar los hechos. Es por ello que consideré importante problematizar las diversas formas de intervención estatal escolar en torno a estas prácticas: su negación, su ilegitimización y, consecuentemente, la estigmatización y discriminación social de las mismas, tanto como de las representaciones juveniles asociadas.

Estas prácticas juveniles no sólo deben ser consideradas a partir de los contextos sociales en que estos jóvenes han crecido y viven, sino también es necesario vincularlos a las trayectorias socio-educativas en las que se insertan. Por lo cual supongo que la escolarización formal de

¹ El presente escrito se inscribe en el marco de mi trabajo de investigación para mi Tesis de Maestría en Antropología Social.

características homogeneizadoras, en el actual contexto de obligatoriedad secundaria y de estrategias educativas orientadas a la “*inclusión*”, está agudizando los procesos de desigualdad, discriminación y estigmatización social de los jóvenes considerados “*diferentes*” o “*no deseados*”. Esta incapacidad de “*integrar*” procesos de diversidad y desigualdad en los ámbitos escolares, y, por ende, de “*excluirlos*” de sus estructuras homogeneizadoras, se ven asimismo reflejadas en los altísimos índices de repitencia y deserción escolares.

Como los entramados sociales son sumamente complejos y abarcan perspectivas a su vez heterogéneas pero muchas veces ensambladas entre sí, podemos considerar que desde el ámbito de la salud acontecen en relación a esta problemática procesos bastante similares.

Determinar si los suicidios y las heridas auto-infligidas constituyen o no una problemática de salud lo podemos someter a discusión. Pero que impacta en la salud del joven suicida o auto-agresivo y de los grupos cercanos es una realidad indiscutible. Por ende, habría entonces que discutir también acerca del concepto de salud y sus alcances. Aún cuando no exista un reconocimiento institucional de los suicidios o heridas auto-infligidas como procesos de salud colectiva en relación a la salud-enfermedad-atención-prevención, ya que se los considera como un fenómeno individual; de todas maneras, se asume como forma de intervención un proceso de medicalización psiquiátrica de los jóvenes que llegan a los hospitales o servicios de salud pública por tales motivos.

Abordar esta problemática que considero que también concierne a la salud de los jóvenes desde el proceso escolarización que los incluye, tanto desde el punto de vista metodológico como desde su perspectiva analítica, y por la gran fragmentación de los relatos y la discontinuidad de las circunstancias, resulta en el desafío de tratar de dar cuenta de los entramados relacionales implícitos lo más complejamente posible.

Sólo dos aristas de conocimiento se presentan en todos los relatos y todas las observaciones: *el ocultamiento por un lado y la negación por otro*. Ocultamiento que preserva. Negación que a la vez que estigmatiza, profundiza las heridas sociales.

Abordaje etnográfico

Todas las observaciones, seguimientos de las situaciones de escolarización de los jóvenes y entrevistas antropológicas realizadas a sus familiares, presentes en esta ponencia están circunscriptas espacialmente dentro de un radio de veinte cuadras del Partido de Avellaneda. Las cinco escuelas secundarias estatales, a las cuales he asistido desempeñando distintos roles docentes, comparten la singularidad de recibir población estudiantil de comunidades de otras zonas limítrofes del partido que se acercan a las mismas a partir de las Avenidas principales por las cuales circulan los medios de transportes que vinculan a la localidades de Wilde y Villa Dominico con Bernal Oeste y San Francisco Solano (Partido de Quilmes) y con Monte Chingolo (Partido de Lanús). Pero además asisten allí jóvenes que provienen de las zonas cercanas más marginalizadas del mismo partido de Avellaneda como ser Villa Azul, Villa Lynch y Villa Corina, y los barrios del acceso hacia la costa del Río de La Plata. Por la tanto es altísima la heterogeneidad sociocultural presente en todas ellas si tomamos en cuenta tanto el origen residencial de los jóvenes que asisten a las mismas, como los grupos de pertenencia juveniles a los cuáles adscriben.

Indagar situaciones que conciernen a la problemática de morir joven y en contextos de desigualdad social presupone reconocer a la escolarización como medio que facilita aún más la comunicación con ellos y con sus familiares, que las instituciones hospitalarias en sí, como lugar de abordaje etnográfico de las mismas. Si bien las estadísticas vitales del Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires confirman que el suicidio adolescente constituye una de las principales causales de muerte por causas externas en la población de 15 a 19 años² en

² Los datos estadísticos del Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires de los últimos años así lo indican, reconociéndose de esa manera que se trata de una tendencia sociológica más que hechos individuales aislados. Sumado al agravante del crecimiento constante del promedio de años de vida potencialmente perdidos (AVPP) por cada víctima, que indica que cada vez son más jóvenes los individuos afectados. La denominación de causas externas de mortalidad refiere a tres circunstancias: accidentes de tránsito, suicidios y homicidios, pero las tasas mayores en jóvenes están representadas por las lesiones auto-infligidas o suicidios y los homicidios (alrededor del 18% sobre el total en ambos casos) y en medida apenas menor los accidentes de tránsito. Desde el momento en que las autoagresiones y/o suicidios sean agrupados conjuntamente con el resto de “*causas externas*”, como concepto epidemiológico, éste permanece en sí mismo, carente de significatividad o definición apropiada. Cabría preguntarse ¿qué es una causa externa de muerte? O, ¿externa a qué o para quién? Muy probablemente externa a la situación institucional-hospitalaria desde una perspectiva biomédica hegemónica, pero no seguramente externa a las condiciones socio-económicas y culturales que las originaron. Como indica Menéndez, E. “...*además las violencias tratan de ser colocadas en ‘causas externas’, en lugar de asumir que la mayoría de las violencias hacia los niños y hacia los ancianos se dan dentro dentro de las relaciones internas, es decir, primarias.*” (2010:47). Estos datos están basados, además, en el procesamiento de lo obtenido a partir de los certificados de defunción inscriptos en la Provincia de Buenos Aires en relación a sus residentes. No se publican datos de aquellos individuos externados luego de haber sobrevivido. Y pese al avance científico-tecnológico ocurren muertes tempranas, algunas de ellas evitables e innecesarias, con una instancia de pérdida de vida útil para la sociedad. Para medir este fenómeno, se usan “*los años de vida potenciales perdidos –AVPP*” que equivalen a los años que ha dejado de vivir un individuo muerto antes de alcanzar la expectativa de vida de la sociedad a la que pertenece. Esta herramienta de medición está igualmente relacionada con el

las últimas décadas, datos epidemiológicos que producen las mismas instituciones de salud, controversialmente son las mismas instituciones de salud las que pretenden no dar cuenta de estos sucesos como problemática colectiva sino individual y psiquiátrica.

Como ya es sabido, estas situaciones implican, además de la social, una dimensión muy íntima de la vida cotidiana de los sujetos en cuanto a sus padecimientos. Es por ello que se vuelve necesario analizar los procesos de sufrimiento desde las lógicas familiares y personales (construcción de la subjetividad) y además ensamblar estos saberes (las diversas prácticas auto-agresivas juveniles y lo que se representa de ellas) con las diversas formas de intervención del Estado y la construcción de políticas para dar respuesta a las mismas. Y preguntarse cómo apropiarse por medio de una metodología etnográfica de dichos pesares y cómo transformarlos de manera analíticamente fiable y respetuosa para dar cuenta de ciertas probables relaciones que se establezcan entre la salud de los jóvenes, la política y los procesos de construcción de identidad de los mismos. Mi Tesis será apenas una aproximación.³

De cara a estas situaciones complejas, y si bien los antropólogos no investigamos personas ni casos, ni lugares en sí mismos, sino cómo se establecen los entramados relacionales problematizados en dichos lugares y momentos, el intento de construcción de saberes⁴ en torno al suicidio joven o las auto-agresiones muchas veces implica ya la reproducción de una mirada estigmatizante que dificulta en parte su abordaje. No han sido pocos mis propios esfuerzos por tratar de dissociar mi compromiso y mi propio dolor por los acontecimientos observados, y poder así extrañarme hacia una perspectiva de análisis que no prejuzgara ni valorara moralmente dichas observaciones. Por lo cual considero importante ser muy cautelosa en el manejo de la información y en la protección de la identidad de los entrevistados. A pesar de todas las intenciones institucionales de negar situaciones auto-agresivas en la cotidianidad escolar (hasta el punto de no poder seguir haciéndolo porque advienen en noticia pública o periodística), son muchas veces los mismos jóvenes y sus familiares, o ciertos docentes y personal auxiliar los que buscan la posibilidad de poder

concepto de "*Esperanza de vida*" puesto que al reducirse el AVPP de una sociedad necesariamente se reduce la segunda. Particularmente considero que las causas externas de mortalidad joven relacionadas a lesiones auto-infligidas y/o suicidios son producidas y reproducidas socialmente a partir de desencadenantes que implican **violencias diversas**. Especialmente en los grupos de edad más jóvenes en donde la incidencia del consumo de alcohol u otras sustancias adictivas es muy frecuente, y en una sociedad donde el descuido, el maltrato y el abuso son formas de relación socialmente naturalizadas.

³ Por lo expuesto, el nombre y/o apodos de los jóvenes que aparecen citados han sido modificados.

⁴ Entendidos como la articulación contradictoria entre prácticas y representaciones.

contar, como imperiosa necesidad de decir y de visibilizar. Forma tal vez de legitimización de mi recorte de campo. Otras pocas, por diversos motivos, es todo lo contrario. En estas situaciones en que advertí que la presión relacional ejercida sobre los actores a partir de sus relatos fue lo suficientemente importante in situ, entonces desestimé cualquier posibilidad de mencionar esas historias de vida, aunque me sirven igual a los fines analíticos.

Parto así de una perspectiva relacional de análisis que contemple que “...*todo sujeto y grupo social produce y reproduce representaciones, prácticas y experiencias respecto de los pesares, angustias, malestares, miedos que los afectan*” (Menéndez, E. 2009) y que intenta recuperar al sujeto en la intencionalidad y en la vida cotidiana.

El concepto de vida cotidiana, dice Eduardo Menéndez, “*conduce a afirmar que todo sujeto actúa dando sentido y otorgando/recibiendo significación a sus acciones, pero demás supone que, dada la situacionalidad de dichas acciones, el sujeto desarrollará una especial conciencia situacional de su cuerpo, de su enfermedad, de su trabajo, etc. Este sujeto, para vivir en la vida cotidiana, necesita colocar entre paréntesis la duda sobre la realidad; es decir, necesita afirmar lo que vive. Respecto de la realidad este sujeto es espontáneamente activo... Y sólo en estas prácticas entiende realmente la realidad social, en la medida en que es su realidad*” (Menéndez, E. 2010).

Si los sujetos para vivir en la vida cotidiana necesitamos afirmar lo que vivimos, qué sucederá cuando las instituciones en las cuáles los jóvenes circunscriben sus prácticas no pretenden más que negarlas e ilegítimizalas. Más que lo que se afirma entonces, habré de focalizar en esta oportunidad mi análisis en lo que se niega, puesto que a su vez estas negaciones de espacios de participación social y de igualdad conllevan consecuentemente el ocultamiento de las prácticas diversas y de los procesos de heterogeneidad de los sujetos “*agredidos*” institucionalmente. La desigualdad, la discriminación y la estigmatización social encubierta en las dinámicas institucionales cotidianas son una forma de maltrato silencioso que queda corporificado, vivido como herida social en el cuerpo de los jóvenes. Tanto las escuelas como los servicios de atención primaria de la salud a los que he asistido tendieron a excluir y marginalizar aún más cualquier posibilidad de comportamiento que se presentara como “*atípico*”, “*anormal*” o simplemente diferente por no ser comprendidos ni su causalidad ni su *modus operandi*.

“En la década del 1960 el antropólogo Ernest Becker propuso que la Antropología Social debería ser el estudio de lo obvio, es decir, de lo que está ahí, con lo que convivimos e incluso nombramos, pero que no vemos. De procesos que forman parte de nuestras vidas, pero negamos o resignificamos en términos que tienden a ocultar ciertos aspectos sustantivos de dichos procesos” (en Menéndez, E. 2010:17). Veremos aquí que negar no es lo mismo que ocultar. Que hay quienes niegan y quienes ocultan con intencionalidad dialécticamente inversa. Al negar “*se presiona*”, “*se descarta*” o “*se incita a lastimarse*” para luego volver a “*negar la muerte*” si aconteciera; al ocultar se “*preserva*” tanto como se “*resiste*” y “*trasgrede*”.

Morir joven y de forma violenta

Era una mañana muy fría. Acabábamos de llegar a las siete y media. Había vuelto *Juan* después del tiempo que tuvo que quedarse a cuidar su novia por haber dado a luz y quedar internada en terapia intensiva a causa de la hipertensión que le produjo el embarazo. Estaba feliz de haber sido papá. Con tal sólo 16 años y su novia apenas 14. Como era usual en él, al llegar a la clase se ponía a contar todo lo que le había pasado en el barrio. Hay veces, estimo, que la narración espontánea oficia en algunos jóvenes a manera de catarsis.

- *“Sabe, profe, mataron mi primo. Hace unos días atrás. El andaba robando con tres vagos más. Había dejado la escuela, le iba mal, no estudiaba, vivía cagándose a trompadas con los pibes porque se cargaban, por cualquier cosa, tenía mal comportamiento acá en la escuela, era mal visto. Andaban afanando con estos tres más de ahí del barrio (refiriéndose a la Villa Urquiza de Monte Chingolo en el Partido de Lanús). Se compraba de todo para él y para la madre y la novia. Colchones nuevos, teles, una moto para la novia, el auto cero km. De todo en re poco tiempo. 17 años tenía, nada. Vivió re rápido. Eso sí disfrutaban a full porque saben que les queda poco tiempo. La cana los quemó. Mi viejo dice que trabajaban para la cana y que cuando no les sirven más los queman. A mi me mata a palos si llego a meterme en algo así. Dice que mejor tener menos y laburando. Primero mataron a uno, apareció tirado por ahí con un tiro en la cabeza, y viste como dicen las viejas en los velorios **se fue uno y ahora faltan los otros tres**, ahí cayó mi primo y unos días después otro más. El cuarto no, a ese no lo agarraron, pero se mató solo. En la casa. Se pegó un tiro también. Me dijo un amigo que no se bancó la presión, que sabía que estaban*

buscándolo también. Ellos afanan así de a cuatro. Viste que por eso se tatuán los cuatro puntitos en la mano con otro en el medio. Esa es la venganza al policía. Los cuatro chorros rodeando al cana que es el puntito del medio. Es la venganza porque la gorra los quema a ellos después que los usan para robar para ellos también. Todos borregos eran no más. Ni uno tenía 18. Y re enfierrados andaban, quién les da las armas, alguien se las da. Encima cuando lo mataron mi tía tuvo que empezar a vender todo, si no trabajaba nadie, todos vivían de lo que se robaba en la casa. Y como la novia enseguidita que se murió metió a otro en la casa, mi tía fue y le quemó el colchón ese nuevo, sommier que le dicen, para que no lo pudiera usar más. Ella encima está embarazada, y parece que es de mi primo. Ni al hijo pudo conocer. Viven rápido viste, saben que están jugados, si las hacían, se metían en las casas de los viejos y los quemaban con la plancha para que les dieran toda la guita guardada y cosas así contaban, maldades. Unos tarados, saben que los usan hasta que no sirven más y después los queman, pero igual lo hacen, es lo que hay. Es mucha la tentación, imaginate en la villa, y de repente tienen y tienen y tienen más cosas, mientras el resto se caga de hambre, y son como los capos porque les compran cosas a todo el mundo, pero igual no están bien vistos. Que se yo habrá pensado que safaría. O no habrá pensado nada, estaría merqueado. Era mi primo pero yo con ellos desde hace un tiempo no me juntaba más. Yo quiero estar tranquilo, con mi novia y la nena.”

No hay duda de la dificultad de ser joven en estos contextos actuales de precarización y marginalidad que se viven en muchos barrios del conurbano sur bonaerense. Y más difícil debe ser poder “safar”.

Los jóvenes como el primo de *Juan*, estigmatizados por causas diversas, y así excluidos de la escuela repiten o la abandonan si antes no les piden el pase a otra. A los márgenes del mercado formal de trabajo, se insertan en redes informales que lindan con actividades delictivas diversas que a su vez representan para ellos otro proceso de estigmatización “*el de ser chorros*” o “*cacos*” o “*esos negritos de mierda que afanan*” para el resto de la sociedad e incluso para los propios miembros de sus comunidades barriales. En ellas son respetados por proveer de bienes de consumo a los familiares y amigos pero “*vistos*” como mal ejemplo o como “*un mal necesario*”. De lo observado hasta hora, muchos suelen ser hijos de familias cuyos padres también están presos por robos u homicidios, o igualmente muertos, y son iniciados en la misma actividad por sus mismas madres, hermanas o novias frente a la

necesidad de seguir sustentando sus hogares. Finalmente, el Estado vuelve a intervenir a través de sus instituciones de seguridad (la policía provincial y la gendarmería nacional), siempre visiblemente presentes en las zonas aledañas a las escuelas, quienes “controlan” el devenir de su carrera delictiva hasta su deceso luego de haber sido encarcelados por lo general en alguna oportunidad. La primera pregunta que te realiza el oficial a cargo de la Comisería barrial cuando vas a denunciar un robo en la vía pública es si lo reconocés al asaltante. Y en ocasión de conversar con *Juan* acerca de esto, lo primero que también me preguntó fue *¿le dijiste a la yuta que lo reconocés?... porque si los denuncian varias veces ya están marcados*”.

Obviamente el morir joven en el sur del conurbano bonaerense no representa un recorrido unívoco. Múltiples son las causas, de esas que las estadísticas reconocen bajo la denominación de “externas”:

- accidentes de tránsito provocadas por manejar alcoholizados especialmente los fines de semana, sobredosis mayormente por ingesta desmedida de cocaína en algunas fiestas, que algunas veces tratan de atemperar su efecto buscando y pinchándose las venas de las manos, brazos o piernas:
 - *“como la sangre está a mil por la merca es un reguero de sangre, un chorrozo, hay sangre por todos lados, en el piso, en la pared, pero sirve, calma”* (Tamara-17 años-Villa Urquiza de Lanús),
- homicidios imprecisos ya que los cuerpos aparecen a veces tirados en alguna calle o esquina,
- suicidios que muchas veces son confundidos con un asesinato por la incertidumbre que provoca la situación:
 - *“la semana pasada tuve que descolgar a un amigo del barrio, estábamos esperando la hora para ir a una fiesta a hacer bardo, habíamos comprado de todo para tomar, y estábamos ahí en la pieza mía, salí un toque, nada diez minutos, y cuando volví se había colgado con un cable de la lámpara del ventilador de techo, fue un flash, lo quise bajar pero nada, ya estaba muerto por eso no vine a la escuela, me quedé re mal, no supimos que le pasó, estaba bien hacía un rato, solo fui a hablar por teléfono, pensamos que quizá entró alguien y lo ahorcó, nadie se lo puede explicar, me quedé*

re mal, no sabés que feo que fue, me costó venir a la escuela estos días, por eso me quedé.” (León- 17 años Villa Corina de Avellaneda),

- riñas callejeras producto del bullying tan generalizado y justificado bajo la expresión “*me miró mal*” que amerita “*matar al otro a trompadas o piedrazos*” a la salida de las escuelas o de los “*boliches*” que permanecen abiertos casi todas las noches de la semana. Algunas más recientes entre grupos de jóvenes de escuelas de la zona céntrica del Partido han sido televisadas en los medios periodísticos. Luego de ello autoridades municipales y escolares organizaron talleres colectivos en la Universidad Nacional sobre violencias, dirigidos tanto a los jóvenes a través de sus representantes en los Centros estudiantiles como a algunos actores institucionales como ser miembros de Equipos de Orientación escolares y preceptores.

Respecto del incremento de las violencias en general en los países de América Latina se han formulado distintas explicaciones que refieren a la inequidad socioeconómica, a la dificultad de los jóvenes de conseguir trabajo, a la impunidad, a la intolerancia, al machismo, a la ruptura de los mecanismos de control tradicionales (familia, escuela, iglesias, hospitales, etc.). Sin embargo el relativo incremento de las tasas de homicidios y de suicidios en algunos países como Argentina en las últimas décadas, sin constituir una de las regiones más pobres del continente, invita a pensar que el eje explicativo no estaría centrado en la pobreza sino más bien en las desigualdades socioeconómicas. Autores como Briceño-León subrayan que las expectativas de vida en jóvenes desocupados que no pueden alcanzar dichas expectativas constituye “*...el principal incentivo para sumir el camino de la violencia y encontrar allí el sentido de la vida*” (Briceño-León 2003:658 en Menéndez, E. 2010:25)

Lo que más me sorprende y ha incitado a que me interrogue acerca de la problemática del morir joven no es tanto el aumento de las tasas que lo corroboran, sino la facilidad de la inmediatez desencadenante con que se asesina a otro y a uno mismo.

¿Qué es lo que produce que una joven de 15 años salga de rendir mal una materia y se arroje a las vías del tren de la estación más cercana sin premeditarlo ni anunciarlo? ¿u otra de 12 años se ahorque al llegar a su casa de la escuela justo antes de empezar el receso escolar de verano habiendo ya pasado de año porque supuestamente le habían colocado una sanción disciplinaria injusta? ¿o una tercera de 16 años que se pasó una cadena al cuello y la única

situación aparentemente preocupante que atravesaba era la de tener casi todas las materias desaprobadas? Todos los registros de intentos suicidas o suicidios consumados en el radio de estas cinco escuelas indican situaciones escolares relativamente similares, sin desestimar obviamente las socio-familiares. Y nótese que estas tres se tratan de ejemplificaciones con jóvenes escolarizados cuando en realidad la mayor cantidad de registros que poseo involucran a alumnos menores de 18 años pero desertores ya, o sea, extra-escolarizados a pesar de la Ley Nacional N° 26.206 que dispuso la obligatoriedad de la escuela secundaria en diciembre de 2006. Sin desestimar la altísima cantidad de alumnos auto-infligidos cortándose los brazos y piernas que he relevado, que no están considerados en ninguna tasa ni estadística vital pero representan igualmente procesos de violencias hacia sí mismos.

Sigmund Freud ya lo señalaba hacia 1910 cuando decía “...*que la escuela secundaria debe conseguir algo más que empujar a los adolescentes al suicidio. Debe instar a los jóvenes a gozar de la vida*”.

Muertes y heridas imprecisas y tan difíciles de definir como de explicar. ¿Por dónde pasa la externalidad de sufrir y morir siendo joven?

El efecto dominó

María Epelle denomina *bola de nieve* a la forma en que los procesos de violencias cotidianas van envolviendo de manera creciente a los jóvenes de un partido del conurbano bonaerense. Acerca de las relaciones entre drogas, pobreza y salud, indica además que **morir joven** y en los bordes, es morir bajo condiciones de marginalidad; no sólo es morir bajo sospecha, sino bajo un conjunto de rótulos (VIH-sida, droga, ajuste de cuentas, suicidio, etc.) que escondiendo los orígenes sociales de esa mortalidad diferencial, se convierten frecuentemente en auto-condenatorios. La muerte joven señalaría así los modos en que la desigualdad económica, política y social, produce individuos cuya muerte es menos que una muerte, queda ubicada en un contexto de indeterminación, ilegitimidad y falta de reconocimiento de la pérdida (Epelle, 2010). De esta manera la autora nos estaría introduciendo a una perspectiva de análisis que además que contempla las problemáticas de salud de los jóvenes, considera también los prejuicios, estigmas y relaciones de desigualdad asociados a ellos. Según la autora el concepto “*bola de nieve*” hace referencia a la necesaria capacidad de descentrar el abordaje etnográfico en contextos de violencias cotidianas diversas, de dejarse llevar por las

situaciones complejas emergentes, para así “*poder ver, sentir y apreciar lo extraordinario en el detalle, en lo ordinario de la vida de otros*” (Epele 2010:30).

Otro trabajo etnográfico reciente en otro partido más cercano a Avellaneda se refiere a esos entramados sociales como *cadena de violencias*, encadenadas unas a otras de manera interpersonal (Augero, J., Berti, M.F. 2013). Así entendido, la responsabilidad de dichos acontecimientos quedarían aparentemente relegados a la propia subjetividad violenta más que al contexto relacional.

Por mi parte, consideraré más pertinente a los fines analíticos denominarlo *efecto dominó*. Y para ello tendré en cuenta particularmente la intervención de las instituciones del estado en estas situaciones. Especialmente las escolares.

Lejos de encontrarnos, como generalmente se escucha como queja por los funcionarios de los ámbitos escolares, con un estado ausente, estimo que en relación a la salud y muerte joven las instituciones que lo representan (escuela-policía-hospital) intervienen de manera bien definida.

Bien es cierto que son significativos los niveles de ausentismo tanto docente como de los alumnos en las instituciones escolares, pero dicho ausentismo es asimismo un emergente de la forma en que la política de Estado está interviniendo en materia educativa. Es decir, “*las ausencias*” en la vida de los jóvenes son también producidas por los efectos de la presencia de Estado en sus respectivas cotidianidades. Sus padres no están en sus hogares porque deben trabajar muchas horas para sustentar la reproducción económica de los mismos a causa de sus sueldos precarizados; o están por la falta de empleo pero incitan a que los jóvenes sean los que consigan empleo en el mejor de los casos y desestimen así seguir estudiando. También son muy frecuentes los embarazos de adolescentes de menos de 15 años que podría considerarse una respuesta a la Política de Asignación Universal por hijos por medio de la cuál en un hogar compuesto por una madre joven y sus hijas adolescentes, también madres tempranas, se logra mediante la sumatoria de asignaciones cierta cantidad de dinero mensual relativamente sustentable. A esas adolescentes las escuelas deben prepararles un plan domiciliario para cumplir con la obligatoriedad escolar por ser menores de 18 años pero desde la externalidad institucional. Aunque en la mayoría de los casos no sucede y terminan desertando. Los docentes que no encuentran herramientas pedagógicas viables para trabajar

en estos contextos socioeconómicos desiguales caracterizados, además, por la falta de motivación hacia el estudio o perspectivas de crecimiento a futuro, quedan expuestos muchas veces como los responsables de muchas de las dinámicas escolares vinculadas a la controvertida idea de “*fracaso escolar*”. Bajo estas condiciones de presión incurren en tomar licencias prolongadas por el stress provocado tanto por el exceso de “*culpabilización*” como por la misma precarización de sus propios sueldos. Es alarmante, por otra parte, la cantidad de alumnos ausentes o desaprobados en las múltiples mesas examinadoras que se convocan cada tres meses en cada asignatura. Otro de las causas que está provocando muchos inconvenientes en las instituciones escolares es la reciente resolución de volver a unificar a las Escuelas Secundarias Básicas con las del Ciclo Superior produciéndose de esta manera nuevos reacomodamientos no sólo edilicios, sino de autoridades y de inclusión de grupos de alumnos muy dispares. En algunas escuelas se ha vuelto a implementar el radio escolar para la matriculación de alumnos a manera de criterio de selección de poblaciones juveniles adecuadas a cada institución.

La ley de obligatoriedad escolar se hace presente en sus instituciones con políticas que pretenden incluir a *todos* los jóvenes menores de 18 años, pero en las prácticas escolares cotidianas se tornan excluyentes puesto que no reconocen la heterogeneidad sociocultural de los mismos. El Estado se presentifica así a partir de la negación de los saberes juveniles, puesto que incluir no es lo mismo que integrar, y contribuye así a su marginalización. La inclusión se entiende desde las políticas de Estado como la posibilidad de brindar a todos los jóvenes menores de 18 años igualdad de acceso a una educación gratuita y laica. Incluir a todos pero de manera obligatoria y no voluntaria. En las prácticas escolares cotidianas de todas las escuelas en las que he hecho observación participante la inclusión no ha sido más que un bello concepto tan retórico como político. Por multiplicidad de factores, la escolaridad secundaria bonaerense así entendida no logra integrar a los jóvenes a su institucionalidad, lo cual evidencia en parte las contradicciones que se plantean entre las políticas educativas y las formas en que los diversos actores institucionales se apropian de las mismas.

Entiendo por **incluir** a sumar, aunque no importe de qué manera o bajo qué circunstancias. **Integrar**, por su parte, sería establecer los entramados de relaciones necesarios para que cada uno de los actores participe de la vida escolar de manera que, como bien decía Pitágoras, “*ésta no constituya una carrera para vivir sino una forma de temprar su alma para afrontar las dificultades de la vida*”, es decir, para que cada actor logre apropiarse subjetivamente de la

vida escolar contextualizándola a sus necesidades de reproducción cotidiana tanto materiales como simbólicas.

Según Sinisi en la escolarización formal como está planteada se enmascaran los conflictos debajo de una supuesta “*normalidad integradora*” (2001:189), y se desestima la presencia de procesos multiculturales “*a través de la negación de la diferencia*” (2001:189). Asimismo, “*la escolarización formal, lejos de ser un proceso unidireccional, involucra resistencia*” (Rival 1996:153).

La pregunta que se escucha con mayor asiduidad entre los docentes es *¿incluir, pero cómo, a presión, hay pibes que la verdad no se los aguanta, yo ya no sé que hacer?*. Y de parte de los jóvenes, el comentario más común: “*esa/ese no nos deja hacer nada, tiene una mala onda, no entiendo nada lo que dice ni me interesa, es un bodrio su materia*”. En este juego de disparidades también a veces acontecen manifestaciones de violencias diversas.

La escuela se convierte así en un *lugar* que se subdivide en dos espacios bien delimitados: el *adentro* y el *afuera*. *Adentro* de la institución educativa quedan los incluidos, aún escolarizados aunque no necesariamente integrados, los que muchas veces manifiestan su resistencia a la normalización homogeneizante o se adecuan a ella. *Afuera*, detrás del muro de entrada, en la calle, en las esquinas se agrupan en los horarios de salida y entrada aquellos que decidieron dejar la escuela a pesar de su obligatoriedad o que simplemente se les otorgó su pase a otra a pesar de que esté prohibido reglamentariamente hacerlo o se les sustentó la escolarización con un régimen especial domiciliario por sus problemas de integración o adaptación. Son los excluidos, que asisten a la escuela desde su externalidad para reunirse allí con sus compañeros. Y que a pesar de los esfuerzos institucionales por demarcarles el espacio exterior como propio, asisten, dicen presente.

Como he observado, es cierto que no son pocas las veces en que la situación socio-familiar de dificultades diversas de los alumnos queda expresada a través de su forma de relación agresiva en la vida escolar que conlleva necesariamente la toma de alguna decisión sustentable para reestablecer los vínculos entre sus pares o con los docentes a cargos. Pero si leemos, como he podido hacerlo, las múltiples actas escritas por estos últimos acerca del comportamiento escolar de los jóvenes, por más bien intencionados que hayan sido en el pedido de asistencia a sus situaciones conflictivas, implícitamente connotan una perspectiva

estigmatizante, prejuiciosa, discriminativa y que, hasta en algunos casos, involucra procesos de racialización en detrimento de dichos alumnos. En un caso extremo, un profesor de Geografía enunciaba literalmente que *“estos negritos maleducados son menos evolucionados que los primates que le dieron origen”*. Mezcla de burla, sarcasmo e impunidad, puesto que no he sabido en todo este tiempo de ningún caso de sanción disciplinaria a un docente por este tipo de sutil maltrato, me hizo interrogarme si era capaz de escribir y firmar este enunciado cómo se comportaría en el aula con estos jóvenes y que tipo de respuesta de parte de los mismos entonces esperarían. Lamentablemente he observado bastantes situaciones en las cuáles docentes y directivos expusieron públicamente a ciertos alumnos por sus características diferenciales del resto del grupo. Y no fueron pocos los relatos de los mismos jóvenes y de algunos de sus preceptores, quienes los cuidan y conviven más tiempo con ellos en la escuela, que denunciaban maltratos tanto físicos como psicológicos; personalmente he observado golpearlos en algunas oportunidades. Pocos son los padres que luego se acercan a la escuela a preguntar qué ha sucedido, pero en el caso en que lo hagan se incurre en negar los hechos y proteger al adulto a quién por lo general no se lo sanciona porque se trata de un *“compañero”* de trabajo. Soy de las que piensan que el respeto es una construcción dialéctica, que no puedo exigir respeto de mis alumnos si no los respeto como docente previamente, por lo cual insisto en pronunciar que si el docente se queja de la mala educación de los alumnos entonces cabe reflexionar qué es lo que ha hecho en relación a ellos en tanto educador. También he observado directivos que se reservan el derecho de otorgar las vacantes, a pesar del carácter público y olvidándose que la institución educativa no es una propiedad y que los ellos simplemente cumplen el rol de administrarlas. O se ponen de acuerdo con otros directivos de la zona para *“pasear”* de una a otra a los jóvenes que les resulten problemáticos, especialmente no porque lo sean sino porque su planta docente se quejan de ello, y sin prestar ningún tipo de atención a la necesidad de pertenencia de los mismos a dicha comunidad educativa. Lo que construye como problemático a un joven generalmente es la diferencia de apreciaciones, o puntos de vista, que ponen en juego tensiones con los docentes. Los alumnos que provienen de contextos más desfavorecidos, reproducen formas de vinculación menos distantes o como dicen los docentes *“confianzudos, me tratan como si fuera alguien de la familia, no se dan cuenta que me tiene que respetar porque soy su profesor”*. Esta supuesta falta de reconocimiento de los límites establecidos por la rutina escolar normalizadora, y sumado a ello los conceptos nativos propios del habla coloquial que emplean en horas de clase y la socio-estética propia de los distintos grupos juveniles a los que adscriben, producen un desentendimiento y un impedimento de establecer formas de comunicación con ciertos

docentes que en medio de estas dinámicas no logran conseguir lo que se conoce como trasposición didáctica. Ni tampoco ningún otro tipo de diálogo. Esta diferenciación de puntos de vista parecería tender un abismo entre los actores del proceso tanto pedagógico como vincular en la vida escolar.

Me resultó muy llamativo también los lazos que se establecían entre adultos y jóvenes en las escuelas de jornada extendida con comedor, siendo el mismo un lugar de socialización muy importante puesto que el “*dar de comer*”, el “*ser alimentado*” puede revestir formas de significación muy diversas entre los jóvenes; y porque además los que asisten a estas escuelas pasan allí casi doble jornada, y en muchos casos, se trata de jóvenes que lo necesitan por escasez de recursos en sus hogares o porque la escuela se convierte en un “*refugio*” que de no estar allí, en su casa después duermen todo el día “*para no aguantar*” o “*andan en la calle sin hacer nada*”. No fueron pocas las veces en que los mismos padres pidieron por favor que sus hijos permanecieran dentro del establecimiento escolar porque afuera acontecían muchas situaciones de riesgo, que la escuela supervisara no sólo que llegaran sino que no salieran antes de tiempo.

No obstante, en el comedor de una de las escuelas secundarias de jornada extendida del distrito, he observado todo tipo de situaciones de maltrato por parte de los auxiliares de cocina desde la forma de “*arrojarles*” el plato, en vez de acercarlo a la mesa, hasta los distintos modos de negociar con los jóvenes la segunda ración de comida cuando se habían quedado con más deseo o necesidad de comer. Estas manifestaciones hegemónicas de detentar un poder sobre el otro en condición de desigualdad, y hasta de inferioridad, nunca han sido supervisadas o advertidas como tales, sino cotidianamente reproducidas con naturalidad. En ocasión de estar distribuyendo los alumnos en las mesas del comedor para que asistan a su almuerzo, y a pedido de uno de sus auxiliares, un miembro directivo de esa misma escuela me indicó de manera imperativa que debía “*gritarle*” a los jóvenes para que obedecieran y mantuvieran silencio porque ellos estaban acostumbrados a ese trato y no a mi “*exceso de amabilidad*”. Le respondí que si pretendía y consentía que los mismos fueran maltratados entonces que me lo indicara por escrito mediante acta firmada en la cual se responsabilizara de lo dicho. Obviamente no lo hizo.

Detrás de estas situaciones generalizables, que no involucran por cierto a todos los docentes ni directivos, y que tampoco resultan parecer con propósitos pre-establecidos sino irreflexivas

y naturalizadas, considero que se encuentran enmascaradas diversas formas de acoso escolar de los jóvenes acompañadas por una visión xenófoba de superioridad ante la cual ellos, que ya crecieron y conviven en contextos socio-familiares de múltiples dificultades, carecen de los recursos materiales o simbólicos necesarios para defenderse, o al menos, fortalecerse en su posibilidad de ser. Si se les pregunta, en la mayoría de los casos, no conocen el sentido de la palabra **derecho** muy a pesar que una de las asignaturas obligatorias para todas las orientaciones tiene como finalidad dar cuenta de ellos, no se reconocen a sí mismos como sujetos de derechos ciudadanos, y en varias oportunidades reproducen un discurso previamente hablado, o predicho, cargado de representaciones auto-discriminatorias que son las que colaboran, conjuntamente con lo antes descrito, con su carrera de “*desintegración*” de la comunidad escolar.

Así en el *adentro* se presupone estudiar aunque impresiona la cantidad de alumnos reprobados en las distintas asignaturas, que además no se presentan a rendir a las mesas de exámenes a pesar que cada vez se convocan más instancias. En el *afuera* se pelean hasta lastimarse y que venga la policía a separarlos o golpearlos como sucede a veces, consumen alcohol o drogas, se amenazan entre sí o a los profesores, o simplemente permanecen agrupados haciendo lo que comúnmente se conoce como “*bardo*”, que no es ni más ni menos que otra manera de presentificarse. Además como *adentro* están “*los pibes más sanos*”, los de *afuera* se convierten en algo así como una amenaza de socialización de contagio, la famosa “*manzana podrida que pudre al resto del cajón*”.

Afuera y *adentro* constituyen igualmente *un mismo lugar*: la escuela, y *todos los chicos* una misma comunidad: la escolar.

Veamos algunas situaciones significativas de quiénes y cómo quedan incluidos o excluidos:

A comienzos del ciclo escolar 2011 un joven de 18 años de una de las escuelas secundarias dentro del radio de campo se suicidó pegándose un tiro en la cabeza en su casa. Los directivos indicaron que como se mató en la casa la escuela no tenía porque dar cuenta de lo que había pasado. Es usual escuchar la frase “*fue afuera de la escuela entonces no nos corresponde*”. Este joven compartía ciertos “*lazos sociales*” que lo vinculaban con algunos de los compañeros de su curso: pertenecían al mismo barrio, compartían tiempo escolar y extra-

escolar, salidas, fiestas y también relaciones de afinidad afectiva o amistad o parentesco. Supe así que era quien se encargaba de conseguir y distribuir pastillas (drogas de curso legal) y que oficiaba además por ello una especie de liderazgo entre el resto. Luego de su suicidio, apenas unos meses después, y después de haber ejercido varias formas de auto-agresión en su cuerpo, especialmente cortes en sus antebrazos, dorso y muslos, se intentó suicidar otra joven del grupo, de 17 años de edad, consumiendo un blíster entero de pastillas para bajar la presión arterial (Lotrial-Enalapril Maleato) que robó a su mamá mientras estaba trabajando.

Mariana fue internada a tiempo en el hospital vecinal zonal y se recuperó gracias a un lavaje de estómago que previno su certero paro cardíaco. El psiquiatra que la asistió dijo que se trataba de un principio de esquizofrenia juvenil. Le indicó a su familia un estricto seguimiento, medicación y tratamientos psiquiátricos. Su familia la sacó del hospital zonal antes de que tuviera el alta médica e hizo que abandonara el tratamiento indicando que su hija estaba siendo “*maltratada y mal vista por haberse querido matar*” por el personal del hospital.

El lunes inmediato después a lo acontecido ese fin de semana, *Mariana* asistió a la escuela “*obligada*” porque sus profesores estaban cerrando ese trimestre y tenía muchas asignaturas con bajas notas. Con sus dos brazos vendados, porque además de las pastillas había cortado las venas de sus muñecas, y clavado un tijera en una de sus piernas. Heridas por cierto que no le hubieran provocado la muerte: “*cualquiera sabe que si te querés morir no te tenés que cortar las venas, así no se muere nadie*”. Una de las autoridades de la escuela la acercó a mi oficina, me contó lo sucedido y me preguntó que debíamos hacer porque todos sus compañeros y los docentes no paraban de preguntarle y “*mirarla con extrañeza*”. El desconcierto parecía ser generalizado.

Mariana se sentó, callada, sin responder ninguna de las preguntas que le hacía. Hasta que le dije: “*Entiendo como te sentís, no digas nada si no querés*” y entonces me dijo: “*¿no te acordás de mi?, me dá vergüenza hablar con vos porque vos me conocés del barrio*”. Recién frente a esta interpelación la reconocí, evidentemente mi desconcierto inicial también me había impedido mirarla con atención, debo confesar que no es sencillo estar frente a un joven así lastimado sin sentir cierto sentido de desasosiego. Ella solía vivir a la vuelta de un barrio del cuál yo me había mudado hacía dos años atrás. El mismo quedaba a quince cuadras de la escuela donde estábamos. Si no fuera por este hecho que la visibilizara no hubiera sabido que

ella asistía allí. Una vez identificada y relacionada a mi a partir de una mutua aceptación, Mariana rompió el silencio, como si necesitara hacerlo de repente. Me contó su relación de amistad con el chico que se suicidó en el verano, como las autoridades de la escuela intentaron evitar cualquier comentario acerca de su suicidio, cómo se había sentido cuando se enteró de lo que había pasado, y de su propia experiencia:

- *“nadie espera que tu amigo se mate, aunque no me sorprendí demasiado, vivía una vida de mierda, tenía quilombos en la casa y en la escuela le iba mal también, ya había repetido antes, fue muy doloroso, pero se ve que no aguantó más. Yo no me quise matar, sólo desaparecer un rato y que cuando volviera las cosas estuvieran distintas, se hubieran arreglado, que se yo, no sabía que efectos me iban a hacer esas pastillas, me había peleado recién con mi novio que era el único que me hacía sentir bien y fui y me las tomé todas, como ya había tomado otras veces, tenía mucha bronca, era eso. Cuando llegó mi amiga y llamó a la policía, al 911, me llevaron hasta el hospital zonal con el patrullero y su mamá, la mía no estaba. Me entraron rápido, ya ahí me sentía re mal, floja, y sentí que me metían unos tubos por la boca, me molestó eso, y fue recién cuando me dí cuenta de las cosas. Cuando me corto no lo hago para lastimarme, lo hago porque se da así, otros lo hacen también. Yo tengo cortes en la espalda, en las piernas, en los brazos, mi familia no lo ve, no lo muestro, lo hago cuando estoy cansada, y no aguanto más, me relaja, no me duele, no siento dolor. A veces uso una tijera, o las viejas ojitas de afeitar que usan los pibes cuando están pasados de merca para bajar la presión, o algo filoso, lo que encuentre que me sirva. Son muchas cosas, viste, y todo está re mal, siempre igual, las cosas se ponen siempre difíciles. Le dije al médico cuando me sentí mejor, creo que me lavaron el estómago, que no lo iba hacer más, se lo prometí a mi mamá cuando me vino a buscar al hospital que se quedara tranquila, pobre labura todo el día. No fue a propósito. Y ahora tuve que venir acá así, me quiero ir, no quiero estar más acá, encima todos me miran, me da vergüenza. Son re caretas, todos hacen de todo pero después buscan a alguien a quien mirar, así no se nota lo de ellos, y te tratan de raro, como si no hicieran nada. Te juro que cuando me dijeron que casi hacía un paro cardíaco sentí que había nacido otra vez, me dí cuenta que estaba viva”.*

No lloró en ningún momento. Nunca dejó de estar tranquila al hablar. Sólo le molestaban las vendas que le habían puesto a lo largo de sus dos brazos y no paraba de acomodarlas. Las acomodaba casi con naturalidad.

Cuando entrevisté a sus familiares dijeron no saber qué le pasaba, que ella era “*extraña*” para ellos, no como la hermana menor que ya iba a ser mamá, la definieron callada, siempre escondida, tímida. La familia era muy humilde. La casa familiar estaba muy abandonada y desordenada. La madre sostenía que aunque quisiera no podía prestar mucha atención a sus hijas porque trabajaba todo el día y que con su marido no podía contar porque se alcoholizaba y a veces también se iba por unos días hasta que de repente volvía en ese estado. Que ya se le iba a pasar y que si no quería ir a la escuela que no vaya más, por la vergüenza que los compañeros la miren, y mejor que empezara a trabajar con ella en la panadería así se despejaba. Finalmente abandonó sus estudios poco antes que finalizara el año escolar sin haberse presentado a rendir ningún examen.

En lo sucesivo y en un plazo muy corto de tiempo, en el curso de *Mariana* se visibilizaron cinco compañeros más en situaciones similares: dos varones por cortes, uno por incendiarse los brazos rociándolos con alcohol y clavarse un cuchillo en una de sus piernas, y dos chicas por intentos de suicidios (ambas eran pareja en la escuela y muy estigmatizadas por ello, intentaron cortarse las venas de las muñecas porque sus familias no querían que estuvieran juntas). En su barrio, a dos cuadras de donde vivía Mariana, un suicidio más de otro joven de 18 años que puso su cabeza debajo de la rueda de un camión en movimiento. Y el intento de suicidio de otras dos jóvenes amigas arrojándose a las vías del tren de la Estación Villa Domínico, sólo una de las dos falleció, la persona a la que entrevisté (conocida de ambas) me indicó que estaban muy “*pasadas*” de drogas. Los tres habían abandonado la escuela ya.

Unos meses después en otra escuela cercana a la que asistía *Mariana* (cinco cuadras sobre la misma calle) se suicidaron dos alumnos más, un varón de 17 años que se tiró un tiro en la cabeza y una chica de 16 que se colgó circundando una cadena a su cuello. Todos vivían cerca. Las autoridades de esta otra escuela también mantuvieron silencio acerca de lo ocurrido. Dijeron que esos chicos casi no asistían ya a la escuela. En el caso de la chica pude comprobar que no era cierto.

Germán era uno de los compañeros de curso de *Mariana* que se cortaba. Vivía en la Villa Itatí de Bernal Oeste con la familia de su padre. A su mamá no la veía porque decía que no lo aceptaba y se llevaba mal. Pero dormía donde podía, no tenía cuarto propio ni espacio para poder estar. Ya tenía los 18 años cumplidos. También era repitente. Asumió casi con

naturalidad el liderazgo vacante de ese grupo. De personalidad muy fuerte pero introvertido. Muy conocido por sus brotes de ira frente a lo que consideraba injusto en la vida escolar que lo hacían deambular por los pasillos de la escuela golpeándose contra las paredes. Sumamente inteligente, pero irascible en horas de clase cuando se suponía agredido. Dueño de una gran resistencia al habla, manifestaba esta incapacidad de comunicación verbal por medio de “arrebatos” diversos que siempre lo convierten en víctima de sí mismo, pero también a través de su cualidad de gran dibujante de graffitis callejeros y murales. No dejaba, si sus docentes se quejaban de su comportamiento rebelde, que se citara a sus padres. Fanático del animé japonés, compartía su socio-estética pero sumaba a ella el uso de grandes aros tribales en sus orejas. Hasta poseía una página propia con identidad japonesa donde publicaba sus sentires y sus creativos dibujos. También publicaba las imágenes de sus cortes.

A partir de sus publicaciones otros cuatro alumnos de cursos inferiores comenzaron a inscribir leyendas en sus brazos mediante el uso de elementos filosos, generalmente espejos rotos a tales fines. La inscripción que más me impactó fue la que decía cubriendo toda la extensión del brazo y antebrazo “*te odio*”. Se trataba de la novia de *Germán*. Le pregunté qué era lo que odiaba. No supo definirlo con precisión. Hablaba todo el tiempo de no querer vivir más “*así*”. ¿Así cómo? le pregunté. Me miró como si no hiciera falta responder, como si preguntara lo evidente. “*Así como vivimos, quiero que las cosas cambien*”. Le pregunté a quien odiaba entonces, “*a la que soy*”.

Del grupo inicial dos fueron tratadas psiquiátricamente y medicadas con anti-epilépticos (Valcote 250-Acido valproico) para que controlaran la ansiedad previa al corte. El tercero, *Leonardo*, quien deseaba ser estudiante de paleontología, sólo terapia psicoanalítica al igual que los cuatro más pequeños. Me dijo en ocasión de conversar con el

- “*estaba mejor cuando nadie sabía, ahora todos me miran, me preguntan, o de repente aparecieron y me quieren, un garrón, mejor era cuando me ocultaba, que se yo no estaba acostumbrado a que se preocuparan tanto por mi, debiera de estar contento pero hasta me molesta*”.

Ninguno deseaba que sus familiares se enteraran de los que les pasaba puesto que para ellos no existían motivos para que lo hicieran. El mundo ausentificado de los adultos no debía enterarse aún cuando lo hicieran público en sus páginas de Internet.

Al principio se cortaron en la privacidad de sus cuartos o de sus casas, sin que nadie los percibiera puesto tapaban sus brazos o piernas a pesar del calor. Se caracterizan por vestir mangas largas incluso los días de verano. Llamativo era que nadie se preguntara en sus casas o en las escuelas que hacían así tan abrigados a pesar del clima.

Luego la práctica de escarificar sus brazos empezó a fomentarse dentro de la misma escuela y en las horas de clase. O sea, colectivamente. En el transcurso de una mañana y al cuidado de profesores y preceptores, otro grupo de seis alumnos, conformado por una chica y cinco varones, rompieron un espejo que llevaba ella para maquillarse, y con uno de los vértices salientes compartieron los cortes. Se escribieron total o parcialmente, *“lo que aguantaron”*. Estuvieron así toda la mañana sin ser advertidos, y recién a mediados de la tarde ellos mismos se acercaron a mostrar sus brazos lastimados y a solicitar algo de alcohol u otro elemento de higiene para limpiar los restos de sangre que les manchaba las remeras del uniforme escolar. Al tratarse de una escuela técnica pasaban allí ambos turnos ya sea para cursar las materias curriculares o los talleres que se dictan a contra-turno. De no tratarse por su propio reclamo, nadie los había mirado, y si sí le restaron importancia o prefirieron no comprometerse con la situación.

Al preguntarles por qué lo habían hecho, qué significaba para ellos, dijeron que así *“se sintieron todos iguales, aunque acá nadie se da cuenta”*. Se cortaron todos con el mismo espejo, sin higienizarlo. No se informó a los padres ni se los intervino de ninguna manera,

- *“si le seguimos dando bola a estos pibes que se cortan, se van a terminar cortando todos, mejor hagamos que no paso nada”*.

Tampoco ningún padre se acercó a ver que había pasado.

Germán que dibujaba Graffittis, concursó y ganó un premio que le brindó la posibilidad de pintar una de las paredes de la escuela mediante la autorización de sus directivos. Luego de ello dejó paulatinamente de cortarse, y así como en un primer momento sus publicaciones en facebook incentivaron a otros compañeros a compartir esta práctica en tanto ser quien se *“la bancaba mejor”*, posteriormente hizo valer su liderazgo para incentivar a sus compañeros a participar de la vida escolar en tanto lugar de expresión y pertenencia para *“poder ser ellos mismos”* a través de la creación del incipiente *“Centro de Estudiantes”*. Dejó de ocultarse y que su padre se acercara a la escuela. No se cortó más, ni se golpeó contra las paredes. Y lo ví sonreír, gesto que nunca antes le había notado. Esta socialización diferencial y forma de

participación a partir de la comunicación gráfica lo modificó a él y a su grupo que colaboraron en las actividades artísticas y organizativas. Hasta lo que sé no se sucedieron más intentos de suicidio ni cortes grupales en esa escuela.

Con tan solo catorce años de edad, *Fernando* ya fue “*expulsado*” de la escuela en varias oportunidades, práctica reglamentariamente prohibida por contraponerse a la ley de obligatoriedad. Sin embargo, sucede enmascarada en pedido de pase a otra.

Siendo el hijo el mayor de una familia cuyo padre está preso por robo, vive con su mamá y sus hermanitos en Villa Corina, sita detrás del cementerio de Avellaneda. En su personalidad el rasgo que más sobresale es la capacidad de liderazgo. Extrovertido y siempre exaltado, deambulaba por los pasillos de la escuela en horas de clase y gritaba no por maldad sino porque le divertía hacerlo. No reconocía ninguna limitación ni pauta de comportamiento institucional. Sumamente inteligente y perpicaz, no aprobaba las materias adrede salvo Ed. Artística porque le gustaba y las que decía que el docente era buena persona.

Difícil que contara nada personal como ser que su padre estaba nuevamente preso y todas las situaciones de dificultad económica que atravesaban junto a su madre y sus hermanos menores. Se agarraba de las rejas de la escuela secundaria básica, como si él mismo estuviera preso, y gritaba hacia fuera como si exclamara libertad al forzarlas. En la escuela lo miraban como si estuviera loco. Legué a decirle una tarde que largara las rejas que no estaba preso, ni lo iba a estar, para que se calmara. Me abrazó y me dijo gracias.

Cuando consideraba que con los compañeros estaban presionados por alguna situación injusta, transitaba por los pasillos del segundo piso de la escuela y no había quien pudiera frenar todas sus expresiones verbales y corporales de descontento. Brotaba en ira. De esta manera, cuál si estuviera por los pasillos de la cárcel, se hacía temer. Sus compañeras lo idolatraban, con su estilo socio-estético de la cumbia conocida como “*villera*”, muy alto y delgado, su rostro repleto de piercings de colores fluorescentes, y voz muy masculina, resultaba muy seductor para ellas pero además las protegía. Y no sólo a ellas, varias veces se lo ha encontrado en clases o en los recreos dándose “*picos*” (besos pequeños en los labios) con otro compañero de su curso de características empáticas y una historia familiar común a la suya quien ya había estado en tratamiento por consumo de drogas.

No traía la remera blanca del uniforme escolar como el resto. Todos los días vestía una camisa cuadrillé azul de mangas bien alargadas. Marcaba la diferencia y además se ocultaba. Nunca se sacaba su vicera (hacía hincapié en llamarla de esta manera puesto que *“gorra es la que usa la yuta”*, es decir, la policía). Usar gorra o vicera o capucha también está reglamentariamente prohibido en las instituciones escolares estatales, al igual que el uso del celular. Pero no siempre se cumple en la práctica escolar cotidiana. No hacía más que desobedecer de manera provocadora.

No se drogaba, al menos nunca había venido a la escuela con signos de haberlo hecho, pero las autoridades se empeñaban en decir que sí lo hacía. También señalaban que su madre era alcohólica. Un combo que justificaba que no estuviera en ésta, otra de las escuelas secundarias del radio recortado para mi campo.

Cuando le preguntaba porqué no se levantaba las mangas de la camisa por el calor, se reía y decía *“qué querés ver che, no tengo nada”*.

Recuerdo el dibujo que su papá le mandó para el día del niño desde la cárcel, un osito dibujado tan prolijamente, con una inscripción muy afectuosa dedicada a su hijo. Lo mostraba con tanto orgullo.

Lo cambiaron a otra escuela, lo que durase en ella. Antes de irse pasó a saludarme y despedirse en la puerta puesto tenía la entrada prohibida por supuestos comportamientos *“de riesgo”*. Por primera vez vestía remera de manga corta. Se lo hice notar. Tenía ambos brazos cicatrizados en toda su extensión. Se los acaricié sin preguntar. Me miró a los ojos y sonrió de manera cómplice. Ya estaba afuera, no hacía falta ocultar nada.

Desde su *“expulsión”*, quizá como forma de duelo compartido por lo que consideraban una injusticia, no fueron pocas las chicas que se cortaron en ese mismo curso y en otros. Tengo todavía guardado uno de los espejos con forma de punta que usaban en oportunidad que las viera *“probándolo a ver si corta bien”* durante el almuerzo en el comedor escolar. De todas, una intentó cortarse en su casa también las venas de su muñeca, llegó a la escuela con toda la remera manchada de sangre y el brazo vendado. La familia dijo que se lastimó al caerse. En la escuela nadie parece haberlo advertido. Un tiempo después se tatuó en su brazo la leyenda: *“No confíes en nadie porque hasta el diablo alguna vez fue ángel”*. Y otra, al ser descubierta

toda cortada en su casa inventó que lo hacía una compañera contra su voluntad. Pero no era cierto. Por un descuido doméstico en la infancia esta joven tenía parte importante de su cuerpo cicatrizado por quemaduras. Decía que las cicatrices eran parte de su vida, “*vos podés creer que no lloré cuando me quemé toda, dicen que nunca lloré*”. Desde chica estaba en tratamiento con anti-epilépticos sin diagnóstico neurológico ni episodios epilépticos o convulsivos.

¿Cuáles son las medidas que toma una institución educativa cuando un alumno deja de asistir a ella? Existe una normativa que indica qué seguimientos se deben proseguir pero por lo general son pocas las escuelas que los cumplen. A veces ni siquiera saben si pidió o no pase a otra, si es que sigue escolarizado, o si algo personal o familiar que se lo impide le aconteció.

Esta construcción del lugar de la escuela en la comunidad como configurando dos espacios de inclusión y exclusión a la vez me lleva a considerar el supuesto que es en dicha inflexión donde se halla la ficha del juego de dominó que podría frenar el proceso concatenante al propiciar la integración, o dejar que la caída naturalizada de las fichas del juego social siga su curso hasta ensamblar situaciones que pudieran involucrar la salud de los jóvenes excluidos.

La escuela pública no puede convertirse en el “*refugio de los más sanos*” a los fines de resguardarlos de los “*otros*”. Estos “*otros*” contruidos socialmente como polo de negatividad condensan la amenaza a un “*nosotros*” supuestamente integrado (Scaglia, M.C. 2008) pero que tampoco lo está. Es un “*otro*” que estando próximo es incierto, generando un sentimiento de amenaza, de inseguridad, de ansiedad y de miedo (Leach, E. en Sinisi, L 2001:205). Así mientras esos “*otros*” sigan siendo producidos como una amenaza que atenta contra el orden, como los culpables de las situaciones de crisis, de la violencia, se está negando la responsabilidad institucional y colectiva de estos procesos (Sinisi, L. 2001).

Desestimando cualquier representación de peligro, que resulta ser auto-condenatoria e incluso muchas veces reproducida de manera naturalizada por ellos mismos en un intento desesperado por no ser estigmatizados; se deben entonces encontrar las herramientas pedagógicas que favorezcan la integración de los jóvenes y que pongan en práctica procesos de enseñanza-aprendizaje multiculturales. Así entendida, la escuela resultaría ser bisagra entre los procesos de escolarización y las problemáticas de salud juveniles.

Para finalizar se vuelve necesaria entonces una reflexión en torno al lugar de la muerte en poblaciones juveniles excluidas. Dice Menéndez (2006) al respecto que en nuestras sociedades domina la idea de que se han perdido relaciones básicas especialmente en el nivel de los grupos primarios; y se sostiene que es precisamente esta erosión la causa de la criminalidad, de la violencia, particularmente la violencia intrafamiliar, de las adicciones y del incremento de suicidios en adolescentes. Pero que ésto que se enuncia desde las ciencias sociales como la pérdida de lazos y rituales sociales constituye un modo de negar la emergencia de nuevos lazos y rituales, en particular en torno de la muerte. Más aún respecto de la población juvenil señala que gran parte de los rituales que producen exigen agresiones físicas hacia el propio cuerpo o hacia el cuerpo de los sujetos con los que se relacionan. Que estos rituales se caracterizan por la fuerte identificación y pertenencia grupal y por la frecuencia e intensidad de las relaciones entre los participantes, y que si bien pueden reforzar la integración e identidad pueden generar también consecuencias negativas que incluyen la muerte de uno o más miembros del grupo. Del mismo modo, es posible pensar que los estigmas no se construyen por fuera de ciertos datos de la realidad. Los problemas de hacinamiento, de violencia doméstica, de alcoholismo y de drogadicción adquieren mayor virulencia en virtud de la densidad poblacional, y que ésta es una población básicamente joven, y son precisamente los jóvenes los más vulnerables a este tipo de problemáticas.

Posicionada en mi recorte de campo me encuentro cotidianamente frente a narraciones y observaciones de escenarios de múltiples carencias y violencias cotidianas que producen cientos de muertes silenciosas de jóvenes, verdaderas “víctimas” de un entramado de relaciones complejo que los considera “mal vistos” y poco menos que residuos. Cuerpos vividos, con una historia colectiva, que corporifican padecimientos, ausencias, rechazos, negaciones y estigmas que han quedado marcados en su piel como herida social producto de los contextos de desigualdad en los que han crecido. Sus heridas son la manifestación social, política y económica de los contextos de pertenencia, “*de sus mundos, y sus cuerpos son cuerpos vividos*” (Vitora, 2011).

Es por ello que se torna necesario una perspectiva de análisis relacional que pretenda un ensamblaje sujeto-familia-política-identidad en el abordaje de la problemática de la salud y la muerte de jóvenes, que nos permita acceder a las formas en que los sujetos se apropian de las políticas de Estado, resignifican sus saberes en sus respectivas cotidianidades y la intencionalidad con qué lo hacen.

A modo de conclusiones

Hay un antiguo precepto de origen maya que señalaba que a las heridas había que considerarlas de dos maneras: *como oportunidades para sanar o como puertas que atravesar*.

Resaltando siempre en sus representaciones la *voluntad de vivir* a pesar de las prácticas de auto-agresión de los jóvenes con los que he trabajado, puedo pensar que los intentos de suicidios y los cortes en la piel (no necesariamente asociados) se presentan en forma de pasaje de un estado inicial a otro diferente. Como una transformación, un cambio y hasta una trasgresión. Frente a la demanda negada de espacios de participación e integración de la diversidad acontece esta ruptura, este corte, este decir *basta* a través del cuerpo, y este identificarse entre sí a partir del sufrimiento compartido. El *ocultamiento* de sus escarificaciones (cicatrices), sus tratamientos psicológicos y psiquiátricos y los procesos de medicalización a los que se los somete si son visibilizados, constituiría una forma de *resistencia* para preservar lo propio, dentro de los espacios institucionales homogeneizadores, a modo de lucha por el poder simbólico en medio de procesos de construcción o legitimización de identidades.

Es muy aventurado tratar de interpretar una significación acertada acerca de la intencionalidad sociocultural de las muertes auto-infligidas en jóvenes de contextos como los de referencia, especialmente porque una vez consumado el suicidio la palabra cede lugar a la incógnita. De todas maneras, los sentidos de trasgredir, de liberarse de la presión, de no entregar lo propio en la negociación por la aceptación y de hacer presente la heterogeneidad negada en forma de oposición frente a la mirada normalizadora y su control social, creo que subyacen también a las instancias de “*asesinarse a si mismo*”.

Desestimando cualquier mirada etnocéntrica o prejuiciosa, y tal vez abrumada por algunas de las historias de vida, llegué incluso a pensar al suicidio joven como “*derecho a morir*” circunscripto en los contextos de desigualdad socio-económica de los que son emergentes. Pero pronto advertí que no es lo mismo suicidarse que ser un sujeto suicidable, social y colectivamente construido en tanto suicida.

Se cortan pero no pretenden lastimarse. Se suicidan sin pretender morir, tan sólo “desaparecer”, o lo que es lo mismo borrar su presencia ya negada, en un contexto donde la desaparición de personas, especialmente jóvenes y en muchos casos trasgresores, forma parte de una historia social conocida.

Lo que si está fuera de discusión es que todas las prácticas juveniles auto-agresivas, aunque no son definidas por ellos en tanto agresión puesto que son naturalizaciones de diversos procesos de violencias vividos, fueron realizadas a través del único medio concreto que los jóvenes poseen como recurso: su corporalidad. Reproduciendo en sus propios cuerpos los entramados relacionales que históricamente los ha “agredido” en sus respectivos contextos de interacción social cotidianos. Los consideran violentos, cabría preguntarnos, violentos hacia quién. Dicen que constituyen un peligro o una amenaza, pero no más que hacia sí.

Y también, que la fuerte presión de la mirada social normalizadora estigmatiza a las prácticas juveniles que se presentan como “rarezas”, “diferentes”, “desiguales”, “vergonzosas”. En un trabajo clásico de la antropología se narra la historia del suicidio de Kimai (un joven trobriandés) concluyéndose que la visibilización social del quebrantamiento de las leyes de exogamia que había cometido lo hizo blanco de la vergüenza, del ostracismo y de los insultos que se volvieron intolerables para él y lo condujeron a su suicidio arrojándose de lo alto de una palmera. Ya que todos sus informantes habían admitido y se vanagloriaban de haber cometido esta ofensa o la de adulterio alguna vez, si no hubiese sido por su visibilización estigmatizante, dice el autor que “...*el conflicto entre el amor y la prohibición... no lo habría nunca conducido a un acto tan arrebatado*” (B. Malinowski 1956:115).

Es así que la educación secundaria obligatoriamente inclusiva está agudizando los procesos de desigualdad, discriminación y estigmatización social de los jóvenes considerados “diferentes” o “no deseables”, quienes a partir del uso de sentidos diversos en relación a sus cuerpos y al auto-cuidado de los mismos, transmiten disconformidad y necesidad de cambio en relación a la estructura económica y política de los contextos en que están interactuando. Interpelando a la necesidad de acceder a espacios sociales en los cuáles puedan construir una identidad como jóvenes y alumnos que incluyan y visibilicen sus propios sentidos y símbolos juveniles.

Considero entonces que suicidios, escarificaciones y otras manifestaciones auto-agresivas en jóvenes están formando parte de un cuerpo de saberes, en tanto tensionan prácticas y

representaciones novedosos que intentan transgredir y resistir un entramado de relaciones que les ha socio-históricamente negado espacios de expresión y participación sociocultural. Y que como “...todo sujeto y grupo social constituyen inevitablemente su subjetividad y su identidad dentro de relaciones y rituales sociales,...necesitamos no obstante reconocer que las relaciones y rituales no han desaparecido sino que continuamente se constituyen o resignifican.” (Menéndez, E. 2006:153).

¿Oportunidades para sanar o puertas que atravesar? Quizá ambas. La muerte aún más violenta es la de matarse a si mismo, a la propia identidad, que el matar a otro o ser matado por otro, cabría “...reflexionar sobre el significado diferencial que tiene para una sociedad determinada que dominen los homicidios del otro o el homicidio de uno mismo” (Menéndez, E. 2010:20).



Para quienes se niega el día.

Para quienes es regalo la muerte.

Para quienes está prohibida la vida.

Para todos la luz. Para todos, todo.

Para nosotros la alegre rebeldía.

Fragmento – Sub-comandante Marcos

En memoria de Santiago Wallace

Bibliografía

- Auyero, J. Y Berti, M.F.** “La violencia en los márgenes” Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense. Katz Editora. Buenos Aires. Argentina 2013
- Briceño-León, R.** “La nueva violencia urbana de América Latina”. Sociologías, Porto Alegre, n.8, 2003.
- Epelle, M.** “Sujetar por la herida” Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud”. Tramas sociales. Paidós Editora. 2010
- Freud, Sigmund** “Cinco lecciones de Psicoanálisis” II Congreso Psicoanalítico Internacional de Nuremberg. 1910
- Malinowski, B.** “*Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*” Ariel editora. 1956
- Menéndez, E.** “Desaparición, resignificación o nuevos desarrollos de los lazos y rituales sociales” Relaciones 107 Vol. XXVII Ciezas – México 2006
- Menéndez, E.** “La dimensión antropológica” en Contextos, Sujetos y Drogas. Un manual sobre drogadependencias Cap. 5 2009
- Menéndez, E.** “Lo que aparece, lo que no aparece y lo que desaparece: el caso de las violencias” En: Vivir en la Ciudad CEACU Laborde Libros Editor 2010
- Menéndez, E.** “*La parte negada de la cultura*” 2da. Edición Prohistoria Editores Rosario, Argentina 2010
- Rival, L.** “*The cultural production of educated people*” Critical Ethnographies of Schooling and Local practice. Levinson, Douglas y Holland Comp. State University of New York Press Editora. Traducción propia 1996
- Scaglia, M. Cecilia** “*La violencia del estigma. Las prácticas de un equipo de salud en un barrio del conurbano*” En: Ramos, Mariano, Balazote, Alejandro, Valverde, Sebastián (Edit.) Antropología Social – Aspectos teóricos-metodológicos y estudios de caso sobre Arte, Política y Economía” Editorial Biblos, Bs As. 2008
- Sinisi, L.** “*La relación nosotros-otros en espacios escolares multiculturales. Estigma, estereotipo y racialización*” Cap. VIII en De eso no se habla...los usos de la diversidad cultural en las escuelas. Neufeuld-Thisted Comp. Eudeba editora. 2001
- Vitora, Ceres** *Sufrimiento social e a corporificación do mundo: contribuições a partir de la antropología*. 2011